



Año XLVII

Orihuela 1 Diciembre de 1929

Num. 1103

Fundador: D. ADOLFO CLAVARANA

En las bodas de diamante de la definición dogmática de la Inmaculada.

ESPAÑA Y LA INMACULADA

Somos el pueblo de María. No la presunción ni el orgullo han puesto en la noble frente del pueblo español este glorioso lema. La verdad es que nación más entusiasta que la nuestra por la gloria de la Madre de Dios no se ha descubierto todavía bajo del sol.

Cuando uno de nuestros Monarcas pidió y obtuvo para esta tierra que se tuviese por especial Patrona suya la Virgen Inmaculada, no hizo más que ratificar oficialmente lo que era ya un hecho popular antiquísimo, desde los más remotos principios de nuestra nacionalidad. No saludaban aun a la Purísima Concepción el día 8 de Diciembre los cañones de nuestras fortalezas y de nuestra armada, cuando para el pueblo español era ya cosa rancia y por nadie controvertida la creencia en el misterio de la Virgen sin mancha, y el fervoroso culto a esta que vino a ser como personificación de la misma nación española...

Dice la historia que subiendo el recién convertido capitán vizcaino, Ignacio de Loyola, la áspera cuesta de Monserrat en compañía de un cierto morisco, hubo este de soltar en mal hora su lengua blasfemando de la pureza sin tacha de Nuestra Señora. Hirvió en las venas al santo penitente de Manresa la antigua sangre de caballero y de militar, y dice el historiador que estuvo a pique de cerrar contra el deslenguado a estocadas, con aquella misma espada que iba a colgar en el muro del insigne Santuario.

No había entonces en España caballero bien nacido que por mucho que hubiese templado con la austeridad los bríos naturales, que no hubiese sentido igual tentación, y no todos hubieran podido fácilmente sobreponerse a tales impulsos.

La expresión más ardiente y más ideal del dogma de la Concepción Inmaculada halla el arte en España con el genio de Murillo. Identificado con el espíritu nacional el esclarecido maestro de la escuela sevillana, dió al mundo el colosal y admirable lienzo que nos envidia Europa, y cuya posesión natural nos arrebató el enemigo ya que no pudo quitarnos la gloria de haberlo producido.

En las escuelas no se oía en este punto discordancia de pareceres... Es que bajo las en apariencia frías togas y borlas académicas latía el mismo corazón español, que bajo el arnés de los paladines y el justillo de las damas y la púrpura de los reyes.

El vulgo de las calles y plazas no sabía, cierto, de disertaciones y silogismos; pero sus coplas y villancicos de que andan llenos aún nuestros magníficos cancioneros, expresaba sobre este misterio su profunda teología...

De aquella rica herencia de fe y de amor a María Inmaculada nos quedan aun, en medio de las presentes borrascas y de los presentes naufragios, restos tan preciosos, que con ellos tuviéranse todavía por opulentas y afortunadas cien otras naciones.

En la casa del ciudadano español por una tradición cuyo origen de pu-

ro inmemorial es desconocido, se entra con el saludo: *Ave María Purísima*, al cual se contesta *Sin pecado concebida...* Y no contentas con eso, conservan muchas familias esta salutación esculpida en grandes caracteres en la piedra del dintel de sus respectivas casas.

Al entrar en nuestras Iglesias, desde la más ostentosa catedral hasta la más arrinconada parroquia, lo primero que llama la atención es, por lo regular, la imagen de María Santísima de la Concepción, bien sea en altar expresamente a ella dedicado, bien en el segundo alto del retablo mayor como es costumbre en muchas Iglesias de Cataluña.

Enumerar las Asociaciones de clases mil, las calles, los buques, las casas de educación, los asilos de beneficencia que se honran con tener por titular a María en este misterio, fuera cuento de nunca acabar y cansaría la paciencia de nuestros lectores.

Citar las coplas y villancicos, los romances y ovillejos, las letrillas y sonetos que han dedicado a este misterio las musas españolas, así las clásicas y académicas como las populares y de encrucijada, será cuestión de componer un libro.

Y hay que hacer sobre esto una observación. España que con tanta razón ha sido llamada *la nación teológica*, lo es principalmente en lo relativo a este misterio, que por lo mismo que no fué definido como dogma de fe hasta nuestros días, y podía ser en cierto modo objeto de libre controversia, fue con más viveza defendido por nuestro

piadoso pueblo eco fiel en sus cantares de taller y de plazuela de lo mismo que con sendos silogismos sostenían nuestros doctores en las escuelas.

Así el célebre argumento de Escoto en favor de la Concepción Inmaculada: *Potuit, deuit, ergo fecit* (pudo, convino, luego la hizo) lo tiene de muy antiguo admirablemente resumido nuestro pueblo con no menor concisión y energía en aquella desenfadada copla que vale toda una disertación:

¿Quiso y no pudo? No es Dios
¿Pudo y no quiso? No es Hijo.
Digan, pues, que pudo y quiso.

Hace 75 años

Era amaneciendo el 8 de Diciembre de 1854.

La Ciudad Santa veíase inundada de peregrinos venidos de todo el mundo.

A las ocho de la mañana reuniéronse los Prelados en la gran sala Ducal del Palacio Vaticano. Revestidos de capa blanca y cubiertas sus cabezas con blanca mitra, se trasladaron a la Capilla Sixtina, donde llegó poco después Pío IX. Formando procesión y cantando las letanías de los Santos se encaminaron a la Basílica de San Pedro. La Basílica estaba atestada de gente. Jamás se había visto tan inmensa muchedumbre bajo aquellas venerables bóvedas. Calculáronse en 50.000 el número de personas que se habían reunido en aquel santo templo...

Empezó la Misa solemne celebrada por Pío IX con toda la majestad propia de las llamadas Capillas Papales. Cantose el Evangelio en griego y en latín, como en tales solemnidades se acostumbra. Eran las once de la mañana. El anciano y venerabilísimo Cardenal Macchi, Decano del Sacro Colegio, presentose ante Pío IX y le dijo:

«Santísimo Padre: Lo que la Iglesia católica desea tan ardientemente y pide con todo su afecto, es a saber: que la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María, Madre de Dios, sea definida por el juicio supremo e infalible de vuestra Santidad, a fin de aumentar las alabanzas, la gloria y la veneración de María: nosotros en nombre del Sagrado Colegio de Cardenales, de los Obispos de todo el mundo católico, y de los fieles todos, venimos a suplicar humilde e instantemente a Vuestra Santidad, que lo cumpla en esta solemnidad de la Bienaventurada Virgen, satisfaciendo así los votos de todos. A este fin Santísimo Padre, en medio de la celebración del Sacrificio incruento comenzado en esta grandiosa Iglesia consa-

grada al Príncipe de los Apóstoles, en presencia de esta tan majestuosa Asamblea de Obispos y de fieles, dignaos levantar vuestra apostólica voz y pronunciar el decreto dogmático de la Inmaculada Concepción de María, decreto que hará nacer nuevo júbilo en el cielo y llenará de alegría el mundo entero.»

Contestó Pío IX que acogía de buena voluntad esta petición del Sagrado Colegio.

Fué entonado el *Veni Creator* invocando el Espíritu Santo.

Todos los corazones hallábanse profundamente conmovidos.

El Papa púsose de pie delante de su trono, puesta la mitra sobre la cabeza. En pie también se levantaron los Prelados que le rodeaban, pero dejadas las mitras y descubiertas las cabezas en señal de acatamiento al oráculo que iban a escuchar. El pueblo continuó postrado de rodillas...

Eran las once y cuarto cuando en medio del más profundo y religioso silencio se oyó al Papa pronunciar aquellas solemnes y celestiales palabras:

«Para honor de la Santa e individual Trinidad; para honra y gloria de la Virgen Madre de Dios; para exaltación de la fe católica, y aumento de la Religión Cristiana, con la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y la nuestra declaramos, pronunciamos y definimos: Que la doctrina que enseña que la beatísima Virgen María en el primer instante de su Concepción fué por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente y por los méritos de Jesucristo Salvador del género humano, preservada inmune de toda mancha de pecado original, es revelada por Dios y como tal debe ser firme y constantemente creída por todos los fieles. Por tanto si, lo que Dios no permita, alguno presumiere sentir en su corazón de distinta manera de lo Nos hemos definido, sepa ése tal que está condenado por su propio juicio, que ha padecido naufragio en la fe y queda separado de la unidad de la Iglesia.»

En aquel instante el cañón del Castillo de Sant Angelo anunció al mundo el grande acontecimiento; las campanas todas de la Ciudad Eterna echáronse al vuelo y las casas se engalanaron como por encanto...

El Tigre francés

Ha muerto Clemenceau, el «Tigre» francés que a zarpazos y con procedimientos a veces de dictador, a veces de tirano y a veces de fiera luchó por la victoria.

Y la consiguió porque el frente aliado cuando él subió al poder, se desmoronaba y su energía evitó el desastre.

El Tigre ha muerto y se han condolido en Francia, todos los franceses, aun sus enemigos, porque Clemenceau había sido la figura política preminente desde la caída de Painlevé hasta el día en que fue descorchada la botella del Champagne del triunfo.

Hasta ahora nada de particular ha de ser anotado; todo esto es corriente y moliente en tierra de cristianos y en tierra de moros cuando una figura destacada en la vida nacional cae y se hunde en el sepulcro.

De la parte ridícula en este duelo se han encargado los tigrecillos españoles; los liberales... que aplaudieron a Calles; los progresistas... que son alimbar para los verdugos que manejan las guillotinas y horcas revolucionarias y antropófagos cuando se trata de los clericales...; estos tigrecillos, digo, son los que han tomado a sus pechos la parte ridícula del duelo.

Hay que oír los gimoteos de unos y los suspiros de otros... ¡Como se conoce que son cachorros de la misma sangre!

Fiercillas... fiercillas, que no lloran al hombre, sino a la fiera, al tigre.

Clemenceau era un hombre sin religión; no creía en Dios, pero creía en las monjas... porque cuando estaba enfermo le cuidaban.

¿Porqué el laico no llamó junto a su lecho a enfermeras laicas?

¿No pensaría que entre la moral que engendra las enfermeras laicas por él aborrecidas y la que engendra las religiosas de la caridad cristiana, por él amadas, había una diferencia y de doctrinas? ¿Qué pensaría él comparando los efectos de ambas doctrinas?

¿Quién sabe si el valiente Tigre era en su corazón un cobardísimo miedo del *qué dirán!*

Hay quien se condena por cobardía.

Dicen que Clemenceau fué una vez vecino de un jesuita.

En el patio del Colegio había un árbol que con su copa tapaba la ventana de la habitación de la casa donde trabajaba el Tigre.

Un día se tropezaron el Tigre y el religioso y aquel se quejó al jesuita de que el árbol le estorbaba.

—Dios no quiera que lleguen un día a acusarme de que por culpa mía, usted no ha podido ver el cielo.

Y el árbol fué cortado.

Otro día Clemenceau, que había estado en un Sanatorio regido por reli-

gias para hacerse una operación, agradecido a una religiosa le dijo:
—Os ofrezco la Cruz de la Legión de Honor.

Cualquiera otro francés que hubiese escuchado este ofrecimiento se habría estremecido de alegría. La religiosa, llamada la hermana Luisa, le contestó:

—Gracias, Monsieur Clemenceau. Y enseñándole el crucifijo que llevaba al pecho le añadió:
—¡Yo ya tengo la Cruz!

Dicen que Clemenceau un poco antes de morir invocó tres veces el nombre de Dios.

¡Quién sabe si la misericordia de Nuestro Señor rompió el hielo de aquel corazón!

¡Quién sabe si las ramas del árbol cortadas le dejaron mirar al cielo!

¡Quién sabe si la Cruz de la Hermana de la Caridad le habló del Redentor y aquel germen ha fructificado!

L. Almarcha

CASOS Y COSAS

En el país de la prosperidad, en Estados Unidos, asoma el hambre e irrumpe en el pueblo y hace presa en él, como en los demás países de mortales.

Ahora nos dice el telégrafo, que con motivo de las recientes catástrofes de la Bolsa han quedado parados más de tres millones de obreros.

Eso de que en aquellas tierras de la democracia atan los perros con longaniza, resulta una mentira yanqui, que los tres millones de los «sin trabajo» se encargan de demostrar.

¿La causa del conflicto yanqui actual, y a la vez del hambre?

¡La de siempre!

El afán inmoderado de riquezas que ha vuelto locos a la mitad, lo menos, de los norteamericanos y los ha lanzado a correr tras el dinero y les ha hecho tropezar y caer y romperse las piernas y las narices. Las fábricas han tenido que parar en muchas partes; varios Bancos se han visto obligados a cerrar sus puertas y los obreros de las industrias y los empleados de la banca han quedado conjuntamente con sus dueño como el gallo de Morón, sin plumas y cacareando.

El castigo es siempre según el pecado. El pecado de dinero, la ambición, es castigada con la pobreza obligatoria. Los privilegiados de la fortuna ayer, son hoy huéspedes de la miseria.

Y es que la verdadera riqueza, la riqueza, la riqueza consistente, está

en el trabajo continuo y ordenado de los pueblos.

Ha dicho un escritor francés que la Virgen del Pilar fué antes francesa que española.

Pícaro francés.

Les molesta la coplita evocadora de los triunfos de la guerra de la independencia, en la que se dice que la Virgen del Pilar no quiere ser francesa sino capitana de la tropa aragonesa y el remedio que se le ha ocurrido al escritor es decir que la Virgen del Pilar vino de Francia y con sello francés...

«El muro de las lamentaciones» no pasa día que no dé un disgusto a los judíos.

Antes fueron las revueltas sofocadas por Inglaterra; ahora son las reclamaciones de los Arabes que con 100.000 firmas reclaman el derecho preferente sobre el muro.

Allí van los judíos a llorar su desgracia y a esperar el Mesías, y los Arabes dicen que el muro es suyo y que no quieren más lloriqueos, por lo menos en el tiempo que ellos estén por aquellos lugares.

Los ingleses se encuentran de nuevo ante otro conflicto por haber querido restablecer el reino de Israel.

El dichoso reino les va a obligar a maldecir la hora en que se le ocurrió a Balfour restablecerlo.

La maldición de la dispersión del pueblo deicida, olvidada por la masonería inglesa, logrará quitar el buen humor y turbar la flema británica.

Hoy ya el muro de las lamentaciones es el muro de los disgustos...

A. Hernán

Dos clases de limosna

Semper enim pauperes habetis vobiscum.

San Marcos, cap. XIV, v. 7.

I.

Siempre, efectivamente, habrá pobres entre nosotros, y nunca ha de faltarle materia para ejercer la caridad al corazón compasivo.

El pauperismo es una llaga social, que en ciertas comarcas y populosas ciudades presenta aterrador aspecto y preocupa las inteligencias de los más hábiles estadistas.

¡Cosa admirable! El sabio es impotente para la resolución de tan arduo negocio, y cualquier Cura de aldea lo mira hace siglos resuelto. «Contra pobreza, caridad», dice su fórmula, y refiere la historia y acredita la experiencia, que cuantas veces se ha puesto en

práctica este aforismo, otras tantas ha sido ultimado satisfactoriamente el asunto.

La verdadera caridad, esto es, la benevolencia y beneficencia por Dios y paa con el prójimo, no hay lágrima que no enjague, dolor que no alivie, ni miseria que no haga desaparecer. Sin embargo, para que sea verdaderamente fructífera, conviene ejercerla con oportunidad y discreción grandes.

Recuerdo a este propósito dos escenas, que presento frente a frente a fin de que resalte mi pensamiento.

II.

Ciertas familias, piadosas y acomodadas, de capitales de segundo y tercer orden, tienen la loable costumbre de dar limosna una o dos veces a la semana. Los mendigos de la ciudad y del contorno lo saben perfectamente, y, horas antes de la señalada al efecto, van acudiendo de uno en uno y agrupándose junto a la puerta de la casa. La calle se llena poco a poco de pordioseros de todas edades y tipos. Curioso e instructivo es observarlo al través de alguna celosía y oírles antes y después de repartirse la limosna.

Empiezan por murmurar, que es una bendición, de todo el mundo; pero especialmente de la familia y criados que los socorren. Refunfuñan, discuten, disputan, se acaloran, riñen, se insultan y mueven a veces algarabía infernal, llenándose unos a otros de improperios. El menor ruido que de la casa caritativa parte, apacigua el gallinero; se agrupan todos en la puerta y hacen pasar las penas del purgatorio al infeliz que ha tenido la malhadada ocurrencia de entrar o salir en aquellos momentos. Si no es el que habitualmente reparte la limosna, vuelta a separarse, a murmurar de nuevo, a reñir y a gritar.

Tan poco edificante espectáculo cesa con la aparición del limosnero, cargo que de derecho corresponde al mayordomo o criado más antiguo de la casa. Lleva en la mano un capacito lleno de calderilla, se planta en la puerta, obliga a los pobres todos a que ocupen su derecha y de uno en uno van pasando a la izquierda, recibiendo una moneda y marchándose calle abajo. No falta quien a todo correr da la vuelta a la manzana y llega todavía a tiempo para tomar segunda limosna.

Aquella caritativa familia administra perfectamente sus riquezas, distribuyendo parte entre los pobres. En el fondo, la acción es en alto grado meritosa y digna de aplausos, mas ¿y los resultados? Algunos pobres hacen digno empleo de las monedas recibidas; pero muchos, la mayor parte qui-

zás, prescindiendo de sus más apremiantes necesidades naturales, las invierten en satisfacer sus vicios. No exagero: hablo con perfecto conocimiento de causa. Pocos segundos después, aquellos ochavos se han convertido en cigarros, vinos, aguardiente, azúcar y chocolate.

¿De qué manera evitarlo?

III.

Seguidme y cambiemos de escena y de escenario.

No se trata de una ciudad: estamos en cierto lugarejo insignificante de la Sierra de Albarracín.

También hay pobres entre sus moradores, y tampoco faltan ricos caritativos. Las relaciones entre aquéllos y éstos son allí más íntimas, pues no separa a unos de otros, como en las grandes ciudades, esa barrera ficticia de consideraciones, orgullo, fausto y etiquetas mundanas que sólo borra la caridad.

Momentos antes de medio día, la plazuela de la mejor casa del pueblo presenta original aspecto. Muchos pobres hormigean bajo el añejo olmo, que da sombra a la puerta. ¡Contraste notable el de miseria tanta frente a la más rica casa del lugar!

La primera campanada de las doce suena en las alturas del viejo y erguido campanario. Aparece en el umbral de la puerta la dueña de casa, señora entrada en años, de tan distinguido porte como sencillo traje y modesto aspecto. Tras ella viene la criada con una cesta, de las allí llamadas de *horno*, llena de grandes pedazos de pan.

Al ver a su señora, los pobres se descubren con respeto y la rodean solícitos, dándola entre dientes los buenos días.

Tocan a la oración en la vecina torre, y la señora recita el *Angelus*, contestando religiosamente los menesterosos.

—Vamos, hijos (dice al concluir la primera), cada día venís en mayor número.

—¿Sabe usted qué es, doña Casilda? Que acuden forasteros como moscas—contesta una muchacha pizpireta, a cuyas faldas van asidos dos pequeños hermanos suyos, mientras otros dos, más pequeños todavía, pesan el uno sobre sus espaldas y el otro sobre su brazo.

—¡Habladora!—murmura una anciana.

—Calla, mujer, calla, que tan pobres son los forasteros como los del lugar, y aunque ellos pidan no faltará lo tuyo (advierde doña Casilda). Me parece que eres envidiosa; pues sábetelo que Dios castiga también a los pobres de malos sentimientos.

—Yo no lo dije...

—Ya lo sé, mujer, ya; pero es preciso que dentro de vuestra pobreza os ayudéis los unos a los otros, a lo menos queriéndoos como hermanos. Ea, entrad, y el que necesite otra cosa que espere.

La turba se precipita en el zaguán, y colocándose doña Casilda en la puerta, les hace salir de uno en uno, dando a todos, sin excluir a los niños de pecho, su mendrugo correspondiente. Espectáculo edificante y encantador era ver la caridad con que aquella anciana repartía por su mano el pan de la limosna. Gustosa se había impuesto la obligación de desempeñar diariamente y a la hora dicha tan impertinente tarea; pero lo hacía con tan ardoroso espíritu evangélico, que difícilmente puede darse de ello idea exacta; lo intentaré no obstante.

—¿Cómo sigue tu madre, Cayetano?

—Mejorcita, señora; me ha dicho que ya puede comer y que si quería usted darme su cantero de pan... Como ella no puede venir...

—Vamos, toma dos, uno para tí y otro para tu madre. Dile que se cuide mucho y que no salga de casa hasta que esté buena del todo, que luego pasaré yo a ver lo que necesita.—Pues, hija, no traes tú pocos: ¿todos son hermanos tuyos?

—Sí, señora, y cinco más que se han muerto.

—¡Qué bendición de Dios! ¿Van a escuela? Y tú, ¿vas a costura?

—Estos sí, señora; pero yo, como tengo que quedarme a cuidar de los críos...

—Válgame Dios, de seguro ni siquiera sabes el Padre nuestro.

—Algo hay de eso, señora pero como no puedo ir...

—Pues mira, ven aquí alguna tarde con los pequeños y, mientras hago labor, te iré enseñando el Catecismo poquito a poco.

—Bien está, señora, y Dios se lo pague a usted.

—¿De donde es usted, buen viejo?

—De un pueblo del reino que le dicen Benirráfol.

—Pues entonces ¿conocerá usted al Secretario?

—Sí, señora, demasiado que le conozco... ¡Ya es buena pieza...!

—Vamos, no murmure usted, que es pecado feo.—Mira, qué sucio llevan a este angelito: ven que te limpie esa cara. (Y haciéndole mil caricias, lo limpia con su propio pañuelo y lo besa). ¿Qué es lo que quieres, hijito, qué es lo que quieres?

—Tengo hambre.

—¿Tienes hambre? Toma, toma pan y este caramelo: cómetelo, hijo mío, cómetelo.

Y, conversando con todos ellos, salen del zaguán a la calle, de uno en uno, en tanto que el pan deja también la cesta, reemplazada inmediatamente con otra prevenida al efecto.

Terminada la generosa distribución, muchos de los socorridos continúan en la plazuela y empieza entonces interrogatorios diferente y pordioso de otro género.

Este pide unos zapatos viejos, aquél una camisa, el de más allá un *mito* para hacerle unas sopicas a su madre desgana; el uno saín de gallina o vino dulce para remedio, el otro un huesecico rancio para puchero de enfermo y cien cosas más que omito para no importunar al lector.

Doña Casilda, con caridad tan entusiasta como discreta y prudente, dá a unos, niega a otros, promete a éste, reprende a aquel y reparte, en fin, tan amorosa y sabiamente la limosna, que los pobres quedan todos contentos y la limosneta tranquila con la seguridad de que ninguno de los socorridos ha de emplear malamente el socorro.

IV.

No todos pueden hacer lo que doña Casilda; pero si los ricos no hubiesen abandonado el campo, trasladándose en busca de materiales goces a las grandes poblaciones, donde malgastan miserablemente sus riquezas; y si el sacro fuego de la caridad cristiana ardiese todavía en sus pechos, el pauperismo no sería para las sociedades modernas enfermedad tan aterradora como incurable.

POLO Y PEYROLÓN

La Lectura Popular

La suscripción se hace por acciones medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho a recibir cien ejemplares de cada número o sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. o manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos fábricas, escuelas establecimientos y otros centros.

Precio de suscripción directa

Una acción.....	4	pesetas mensuales
Media id.....	2	»
Un cuarto id...	1	»
Un octavo id..	0'50	»

Dirigir la correspondencia a Don Diego Castaño, administrador de «La Lectura Popular», Bellot 3, Orihuela, (Alicante).

Imp. La Lectura Popular.—Orihuela.